



**Javier Echeverría, *Entre cavernas. De Platón al cerebro pasando por Internet*. Ed. Tricastela. Madrid: 2013.**

La alegoría de la caverna es uno de los textos fundacionales de la cultura occidental. De manera espontánea se entiende que la cueva o caverna es una condición falsa, un mundo de sombra y engaño. Al tiempo sugiere también la condena de la mimesis que todavía mantiene repercusiones en conceptos actuales tales como simulación, ficción o imitación, entre otros. Es esta tradición platónica la que revisa Javier Echeverría. A partir de la literatura y la filosofía muchas veces se ha intentado tal regreso a la caverna como, entre muchos otros, Heidegger, Derrida y Blumenberg e incluso el Nobel literario Saramago. Para Heidegger, es precisamente en esa caverna donde se engendra la doctrina de la verdad que marcará el curso de la historia del ser. Derrida, en una dirección similar, dirimirá la posición logocéntrica y el optocentrismo de la alegoría y Blumenberg, debilitando el dualismo, la reinterpretará mediante la confrontación entre el interior y el exterior, la cual asume cada experiencia de tránsito o paso sin garantía alguna de que exista el pasaje final. La alegoría señala, de ese modo, los límites del lenguaje en relación con lo no conceptualizable de la metáfora, inaccesible para los conceptos que emplean los filósofos.

En la tradición de este retorno a la metáfora, Echeverría presta especial atención a la tecnocaverna en la que hoy en día, gracias a las transformaciones tecnocientíficas, se configuran no sólo el espacio político sino también el íntimo. Este enfoque en el tercer entorno permitirá una discusión de los conceptos de identidad, realidad y simulación, inseparables hoy del lenguaje-máquina de la tecnocaverna o, dicho de otro modo, del mundo digital. El filósofo profundiza su análisis desarrollado en trabajos anteriores, sobre el espacio social

emergente de las TIC, Internet y del entorno digital. Pero no trata sólo de analizar la virtualidad de la cibercaverna, sino sobre todo desde la filosofía, poner en duda la solidez de herramientas cognitivas como las percepciones, las palabras y las ideas, convertidas ahora en objetos del entorno tecno-digital.

El libro tiene una estructura tripartita en torno a una tesis central: siempre hay una cueva dentro de la cueva, o una secuencia de cuevas ensambladas en múltiples cavernas sin un final a la vista. La metáfora se puede aplicar tanto a los sentidos como a las culturas, a objetos naturales como a objetos tecnológicos. En su inicio el libro recuerda la tradición filosófica y literaria de la alegoría de Platón que va desde Agustín de Hipona, el pluralismo ontológico de Leibniz y su única aunque extensa y eidética cueva. También se alude a la cueva romántica y libresca del Quijote junto a la caverna económica de Sancho. Posteriormente, Echeverría revisita la tesis de los tres entornos —la naturaleza, la ciudad y el espacio electrónico-digital—, esencial para interpretar a la luz de las neurociencias, las implicaciones filosóficas respecto a ciertas teorías de la tradición intelectual. Si el cerebro en sí es la cueva por excelencia, una miríada de otras cuevas también se despliegan en lo social, en el mundo de los medios digitales, en la política y en las cuevas financieras al tiempo que en el espacio físico e íntimo de la experiencia del cuerpo que ya no es algo en sí ni propio, sino esencialmente parte de la caverna.

Este nuevo libro, como en *Telépolis* (Echevarría, 1994) nos recuerda la influencia de las TIC en la supuesta solidez ontológica de lo que llamamos real. Nos permite pensar en el diseño industrial de los sentimientos e ideas en relación con las producciones de los *señores del aire* (Echevarría, 1999): un sentimiento no es algo dado gratuito, una iniciativa creativa de nuestra parte o un acontecimiento espontáneo. A pesar de que, a veces, podemos pensar que el rizoma podría ser el retrato más fiel para el espacio de interacción humana —cuevas y hoyos articulados— el autor es particularmente crítico con los enfoques posmodernos de lo virtual y de este modo se distancia de autores como Pierre Levy, que hacen de lo virtual una categoría omnicomprensiva, líquida e indiscriminada.

Estar entre cuevas no es solo un hecho geológico sino, sobre todo, algo mental y cultural, en el que cada uno de nosotros se asemeja a uno de sus prisioneros, especialmente visible en las ideas que proyectamos y que se producen en nosotros. La cueva y la caverna son entonces el contexto de (re)producción de la cultura, de la globalización económica y del show de la producción política industrial. Cada una de estas cuevas está inmersa en la virtualidad con un índice de la realidad que nunca excede la ficción misma de la quijotesca Cueva de Montesinos. La humanidad necesita inventar la virtualidad de las cuevas para si-

mular la realidad pues ésta es simbólica siempre. Los mercados, las iglesias o los parlamentos son simulaciones provisionales de interacción humana que instan a reinventarse para ampliar el horizonte de las posibilidades políticas. El ser humano, al ser pensado como sombra de sí mismo, cuestiona el sentido personal y la identidad social de "su" realidad, de sus cuevas privadas y públicas. En este movimiento crítico se disuelve la dualidad de un mundo hecho de luz y sombra, perfectamente diferenciables, para descubrir pluriversos de negociación, la codificación plural y de múltiples decisiones posibles sobre las formas de producir y reproducir la existencia. A diferencia de la caverna platónica, su dualismo y universalismo, desde la perspectiva del pluralismo y la pluriversalidad —conceptos que el autor repiensa desde William James— no hay un bien en sí mismo. Mientras que cada usuario de la tecnología es, como muestra el autor, títere de sí mismo pues utiliza avatares y signos que no entiende. Su ruta no está dentro de una falsa representación del mundo dual, sino al filo de la navaja, de hoyo en hoyo, dentro de un entorno de informaciones simuladas por un orden semio-productivo.

La gran pregunta que queda es: ¿desde dónde se habla al afirmar un mundo plegado en cuevas? ¿Cuál es el lugar de su meta-discurso? ¿Cómo podemos distinguir las maneras de perder el sentido de la realidad, las formas de conseguir una prueba o un terreno mínimo común para la interacción? ¿O es la misma noción de la realidad la que se consigue en su solidez epistemológica? ¿Qué ideas y eventos pueden escapar del proceso de fabricación de los *señores del aire*?

¿Es el lenguaje-máquina adecuado para que aquellos que lo utilizan puedan decodificar el hoyo financiero donde lo colectivo ha sido atrapado bajo una supuesta universalidad y necesidad de los sistemas? Ya que existen otros hoyos como la cueva del mercado de la publicidad o la cueva de escenario político democrático, ¿La meta sigue siendo salir de la cueva o descubrir la multitud de pozos donde se basan las emociones, sentimientos y pensamientos desde la tecnología? ¿Es posible que la aceptación de pluriversalidad tectónica contribuya a dibujar desde abajo otro territorio para la acción? ¿Esta toma de conciencia de la condición cavernosa del hombre basta para combatir la acción humana a fin de independizarla de su *mainstream* industrial?

Sílvia Marisa Gonçalves Ferreira  
silviagonfer@gmail.com

Instituto de Filosofía de la Universidad de Porto  
y de la Fundación para la Ciencia y Tecnología (Portugal)